

## PRESENTACION DE CARLOS A. LONGHURST

Por JOSÉ MARÍA ALBERICH SOTOMAYOR

Los que hemos llegado a la ancianidad con muchos más años que méritos nos vemos sorprendidos a veces por la caprichosa selectividad de nuestra memoria, que nos borra el recuerdo de sucesos importantes y nos preserva, en cambio, el de incidentes al parecer insignificantes. Digo esto porque ahora, al preparar la presentación de D. Carlos Longhurst como nuevo correspondiente de nuestra Corporación, lo primero que me viene a las mientes es un viaje que hicimos mi padre y yo a La Línea de la Concepción para comprar unos hierros viejos a un chatarrero apodado el Chatete, un gitano gordo, morenísimo y muy simpático.

- Mi hijo marcha mañana a Inglaterra -le dijo mi padre una vez cerrado el trato.

- Yo he estado en Londres -observó el Chatete levantando la mirada a un cielo purísimo y azul- y allí un día como éste es una feria.

Estábamos a finales de septiembre de 1955. Veinticuatro horas después, ambos subíamos en el puerto de Algeciras al Aline II, el barquito de pasajeros que entonces cruzaba la bahía en poco más de media hora. En la cubierta descubrimos a un niño de unos doce años, vestido con un uniforme de colegial indiscutiblemente británico, que vivía en Algeciras pero viajaba diariamente a Gibraltar para asistir a los cursos de enseñanza secundaria que impartían en la Roca los

Hermanos de la Doctrina Cristiana. Era nieto de Don Juan José Lizaur, conocido abogado y militar, e hijo de Mr. Albert Longhurst, gerente de una importante compañía exportadora de corcho.

En Gibraltar, yo embarqué de nuevo en una nave mucho mayor que el Aline II, y que venía de Australia. Tras dos días de navegación, y a la vista de los acantilados de Dover, me acordé de las palabras del Chatete: aquellos blancos farallones me parecieron inhóspitos y aquel cielo plumizo surcado por gaviotas y petreles que lanzaban graznidos discordantes me resultaba siniestro. Yo tenía veintiséis años: iba como lector de español a la Universidad de Southampton, donde me acogieron con gran amabilidad y me hicieron sentirme muy a gusto. Lo mismo me ocurrió después en otras dos universidades, Bristol y Oxford. En 1960 obtuve un puesto docente fijo en la Universidad de Exeter, en un incipiente departamento de español que había puesto en marcha mi inolvidable jefe y colega Douglas Trotter, meticoloso estudioso y editor de *La Celestina*, así como dueño de otros muchos saberes interrumpidos por su prematura muerte en 1965.

En esos tempranos años de la década de los sesenta, el hispanismo inglés estaba ya saliendo de esa etapa *amateur* de los Alison Peers o J. B. Trend y ofrecía nombres de gran solidez intelectual como los de A. A. Parker y su escuela de calderonistas o el de Edward Wilson y sus trabajos sobre la poesía del Siglo de Oro, pero a nivel de los pequeños departamentos de provincias, en las universidades *red brick*, el español seguía siendo la Cenicienta de las lenguas modernas, por la creencia de que era un idioma fácil, es decir, para los alumnos más tontos, y al que por tanto había que defender con uñas y dientes, aunque escaseasen los medios. Había que meterlo a empujones en los presupuestos, para que se comprasen libros y revistas, para que no faltasen becas, para que los estudiantes que lo merecían consiguiesen las buenas calificaciones que habrían alcanzado en otros departamentos... Y en esos tiempos difíciles apareció en Exeter aquel niño de la gorrita y la chaqueta ribeteada del Aline II, solo que ya no era un niño, y ni siquiera se había matriculado en lenguas modernas, sino en Económicas, e incluso había aprobado el primer curso de esta carrera. Pero no estaba satisfecho. Algunas asignaturas no le llenaban y sobre todo la Psicología le parecía un cúmulo de “chalauras”. ¿Le admitiríamos nosotros como alumno de Honores en Español? ¿Qué íbamos a contestar? Allí teníamos a un chico bilingüe,

con un buen expediente, que no quería estudiar español porque le encandilase García Lorca, ni porque le gustase el chorizo o el tinto en porrón, como era la motivación frecuente entre nuestros alumnos, sino porque le interesaba profundizar en la literatura hispana y en su cultura.

Carlos Alejandro Longhurst fue un estudiante ejemplar, serio, trabajador e inteligente. Los ensayos que escribía para ser leídos y comentados en los *tutorials* tenían un nivel altísimo; habrían podido ser publicados en cualquier revista académica junto a los de profesores de conocido prestigio. Todo ello le llevó a conseguir —si no recuerdo mal— el primer grado de primera clase que otorgó nuestro pequeño departamento, y, por si esto fuera poco, se había casado con una compañera, Jennie, así mismo estudiante de lenguas modernas (francés y español) e igualmente inteligente y laboriosa. Una beca estatal le permitió emprender el camino del doctorado, con una tesis, oficialmente dirigida por mí, sobre *Las novelas históricas de Pío Baroja*, que fue presentada en 1969 y publicada por la editorial Guadarrama en 1974. Quiero subrayar el adverbio “oficialmente” que precede a “dirigida por mí” para que quede claro que mi contribución a ese valioso trabajo fue mínima, pues mi alumno lo preparó concienzudamente lejos de Exeter, en Madrid, donde Don Dalmiro de la Válgoma le abrió las puertas de la Academia de la Historia y le facilitó la consulta de los papeles de Pirala y otros documentos de la época. Su análisis de las 22 novelas protagonizadas por Aviraneta no sólo ha servido para apreciar el justo grado de historicidad de las mismas, sino que también ha sido decisivo para acabar con el mito de la “espontaneidad” y descuido de Baroja en su tarea de novelista.

Su primer puesto docente como profesor universitario lo ocupó, con su doctorado aún reciente, en la Universidad de Liverpool, que en esos años contenía el mayor departamento de español del Reino Unido, donde se estudiaba así mismo literatura hispanoamericana y se publicaba la revista central del hispanismo británico, el *Bulletin of Hispanic Studies*. De allí pasó, por razones económicas (es decir, por no llegar a fin de mes) a la de Leeds, donde impartió sus enseñanzas largos años, y donde se hizo responsable de trabajos administrativos que debería haber desempeñado su jefe, más interesado en escribir y publicar que en dirigir el departamento. Algo parecido le ocurrió cuando ganó en 1986 la cátedra de español de Exeter. El rector de esa universidad, suya y mía, descubrió pronto sus capacidades

organizativas y diplomáticas y abusó realmente de ellas, utilizándole como factótum para sus relaciones con otras universidades y organismos oficiales. Poco tiempo resistió Carlos Longhurst en su “alma mater”, que se había convertido en madrastra, pues logró volver a Leeds, esta vez como catedrático, y prolongar su vida docente después de su jubilación en el King’s College de Londres y en otros centros universitarios.

Su incesante actividad educativa no le impidió llevar a cabo una labor investigadora realmente impresionante, desplegada mayormente en estudios sobre la novela española en su paso del realismo al modernismo (Baroja, Unamuno, Blasco Ibáñez, Gabriel Miró), tema del que trató en esta Academia con una conferencia pronunciada en los actos conmemorativos del Noventaiocho, y al que dedicó un libro (*Modernismo, Noventaiochismo y novela; España y Europa*, 2014 ), pero salpicada con certeras incursiones en otros terrenos más lejanos, como el *Buscón* de Quevedo o *El alcalde de Zalamea*. Su fuerte, sin embargo, casi podríamos decir que su obsesión, es la obra de Don Miguel de Unamuno, obra que Longhurst ha diseccionado y escudriñado como nadie en España y fuera de ella, en todos sus aspectos imaginables, en su novela, en su poesía, en sus ensayos, en sus raíces filosóficas y teológicas, después de haberse leído y digerido (lo cual tiene mérito) a no pocos escrituristas y pensadores germánicos cuyos nombres, como los de Schleiermacher o Schopenhauer, la mayoría de los mortales no sabemos ni pronunciar. Longhurst fue nombrado en el año 2000 titular de la Cátedra Extraordinaria Miguel de Unamuno de Salamanca, merecidísimamente, pero si su fama de unamunista no suena todo lo que debería, creo yo, se debe a que sus trabajos sobre el escritor bilbaíno están dispersos por innumerables revistas, ediciones escolares, obras colectivas, “critical guides”, etc., con uno solo, que yo sepa, en forma de libro, a saber, su *Unamuno’s Theory of the Novel* (2014).

Hoy nos va a hablar de “La influencia en Unamuno de un poeta sevillano”, y sin duda se trata de una sutil broma, pues en Unamuno no “influyó” nadie: él se apropiaba de todos los que leía y los metía a la fuerza en el molde de su original pensamiento. Bienvenido, profesor Longhurst, a esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras, que se honra con su presencia.